

Guillermo Aguirre Martínez, *Meteoros / Bifronte* (Devenir, Madrid, 2019, 64 págs.); *Piedras* (Devenir, Madrid, 2017, 64 págs.).

Aunque *Meteoros / Bifronte* es el poemario más reciente de Guillermo Aguirre Martínez, publicado por Devenir en junio de 2019, es imposible no hacer referencia a su libro anterior, *Piedras*, aparecido en la misma editorial en 2017, pues ambos parecen responder a un mismo impulso creativo. Existen entre los dos textos concomitancias tanto en el fondo como en la forma, un universo simbólico común, un espacio poético por el que transitan cuerpos celestes movidos por una fuerza primordial que nos arrastraría irremisiblemente a la caída, a la muerte, si no fuera porque, en ocasiones, la piedra «abandona la inercia» transgrediendo, en cierto modo, «la ley del universo».

En este espacio oscuro, nocturno, los meteoros destellan, como «cristales capturados en la noche», convertidos en «estrellas preñadas de movimiento». Son, como sugiere el texto de la contracubierta de *Meteoros / Bifronte*, esquirlas desprendidas de la piedra, «imagen axial del poemario homónimo».

Los propios poemas, breves, brevísimos, compuestos por uno, dos, tres versos, en su mayoría, funcionan a su vez como pequeñas piedras arrojadas a un estanque en calma que, con su poder de sugerencia, al traspasar la superficie, generan una serie de ondas concéntricas que multiplican y expanden su significado. O como relámpagos en medio de la oscuridad que, por un instante, iluminan y revelan una realidad que permanecía oculta e ignorada. De hecho, los aerolitos, según Juan Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos*, son «símbolo de la vida espiritual descendida sobre la tierra, [...] revelación del más allá accesible y del fuego del cielo», del cual las estrellas son su manifestación visible e inalcanzable.

Sin embargo, a menudo resulta difícil discernir si nos hallamos ante distintos poemas o si se trata de un único discurso lírico, cuyos versos aparecen desgajados a lo largo de las páginas de dos libros. No solo carecen de punto final los poemas de *Piedras* y *Meteoros* —no así los de *Bifronte*, que se presentan como enigmáticas sentencias autoconclusivas—, sino que, frecuentemente, la misma idea se despliega y continúa de uno a otro. Sucede así en *Piedras* cuando la piedra del octavo poema «Perfora hasta quebrar la piel», «o rompe galopante / en la mañana» en el noveno; o, más implícitamente, en *Meteoros*: «[...] Tú, que en la noche fuiste arrastrado por el oleaje...» encuentra su

[441]

salvación en el siguiente poema: «Remar y seguir remando / Remar fue la salida hacia el mañana».

En este universo, el yo poético es el cuerpo que cae «en abrasante vértigo», que se siente atraído por el abismo —«No te conozco, portador de mis reliquias, mas déjame ya caer»— pero, al mismo tiempo, es la esfera celeste traspasada por piedras y cristales que le desgarran los labios; la elipse de su conciencia es el cielo que remonta en su vuelo el «herido halcón». Esta caída del sujeto lírico, que es a la vez el creador y lo creado, nos hace pensar en el descenso de *Altazor* a través de los siete cielos, en ese viaje en paracaídas que culmina con la fragmentación del lenguaje poético.

Encontramos también en estas páginas una segunda persona, un tú lírico al que se dirige la voz del poeta, y que también transita por ese espacio que es él mismo: «Pródigo en destellos me atraviesas como si fuese este cielo / ojo de intensísima mirada». Esa «intensísima mirada» de que es portadora el *tú*, esa mirada tan aguda que parece penetrar, no solo psicológica, sino también físicamente, está presente en ambos poemarios, a veces anulada por los párpados que se cierran: «Imagen que así te hundes bajo el párpado [...]», escribe Guillermo Aguirre en *Meteoros*.

Lo que ve el ojo no es más que un simulacro, una sombra, y no puede aprehender «de los dioses» más que «su reflejo», atrapado como está en una suerte de prisión platónica de la que no puede, o no sabe, escapar. La mirada no es suficiente para descifrar ese «arcano símbolo» que se presenta ante los ojos, porque el ojo del poeta no es más que un «ojo de barro».

Se nos invita a mirar «sus manos, ciegas también», incapaces de adivinar los contornos, pues «De nuevo quedaron a oscuras mis núbiles manos».

Sin embargo, a veces, el «Mundo / carente de párpados» permite que la mirada trascienda, que vaya más allá de la realidad, y alcance a vislumbrar una «lluvia de visiones» en un «Universo enloquecido».

Lo que no puede ver el poeta lo percibe su interlocutor, pues «Dos lirios son tus ojos» y «De entre tus ojos escupe / fuego la sabiduría». El yo ve a través del tú, que también puede, si lo desea, impedirle la mirada: «La violencia de tu párpado al caer / cercena / —así— / mi visión»; hasta que por fin «Mis ojos en los tuyos sumergidos» alcanzan a adivinar las «miríadas de oscuros cristales» que «Quebraron ya los ojos de la noche».

Para *ser*, es imprescindible ser visto; por eso, el yo lírico se empeña en adentrarse «tras tu pupila como anhelando existir».

La capacidad de *ver*, tanto en la esfera sensorial como en la trascendental, se vincula con el ascenso que revierte la caída. Así, «Una vez más el ojo empuja su órbita hacia tu desnuda cumbre...». Por eso aparecen relacionados «El ojo, el ave, la montaña». Por eso el «Herido halcón, [...] con ojo desnudo ote[a] [s]us dominios». Por eso un «Dios todavía humeante» es el único capaz de «escapar de tan pesados párpados», mientras el poeta, simple mortal, reconoce: «mi cuerpo se transforma / en noche de huidizo semblante».

Esa oscuridad del yo lírico y del universo que habita —inconmensurable o reducido a un círculo trazado con el pie, en cuyo interior queda «como extasiado, vacío de toda luz»—, es hendida por la luminosidad, que permite la visión del *otro*: «El cielo arqueado arroja ya su luz / sobre la forma en que cristalizas». No obstante, los cuerpos expuestos a la luz proyectan sombras, oscuridad; «El día, de la mano de su sombra, / va y viene todo temblor»; «Diurnas, las sombras se deslizan y consumen / sobre tu cuerpo desnudo [...]». La luz procede del cielo, de la aurora, del alba que «comienza a despuntar» proyectando un «haz de rayos misteriosos», de la inmensidad, «luz de

luna ardiente», pero también de lo pequeño e insignificante: «Débil luciérnaga que en mi mano aún tiembles, / último objeto en que veo claridad».

También de las «estrellas preñadas de movimiento», de los destellos que atraviesan al poeta y al cielo, del sol, de la «Rojiza / piedra de lava», de la «indómita lava» que «Sangraba ya el volcán [...]». Y del fuego, de la «antorcha humeante», de «la piedra de fuego», que permite «fundir / y luego rehacer / conforme a la ley del metal». Y de *tú*, que también eres fuego, «que sigues ardiendo», que «Te acercas enfebrecida», que te consumes. Y así, «Te contemplo callado, extasiado, esperando que todo arda».

Pero frente a la posible devastación de las llamas, finalmente se impone la «Contención / la ígnea roca bajo el río». Porque al fuego, tan presente en *Piedras*, se opone el agua que inunda *Meteoros*, donde el yo lírico «Resignado a naufragar[.] arroja al agua [su] remo ahora que el día se apaga y no se distingue otra costa». Cuando el fuego se extingue, cuando el tú no está presente, cuando «el eco de tu voz» «no arde» en sus sueños, el poeta, como un «huraño tótem arrojado por la borda», en la oscuridad de la noche es «arrastrado por el oleaje» y solo puede «remar y seguir remando», pues es la única salvación posible, la única «salida hacia el mañana», cuando vuelve a brotar la luz del sol. Pero no siempre consigue sobreponerse, y «cuando todo ya todo es fondo azul», «El mar escupe piadoso» sus «quebradas [...] vértabras frente a esta abúlica playa», como si fuesen los pecios de un naufragio.

Mas no siempre el agua sofoca el fuego, sino que a veces logran fundirse y confundirse, como sucede en: «Vivir sediento / de cálida piedra / ardiente y / rojiza / donde poder empapar mis manos».

Nos encontramos ante una poesía elemental, en el sentido presocrático, en la que fuego, tierra —representada en la piedra, el barro, el monte, la orilla—, agua y aire se oponen y se complementan simultáneamente. Donde también están presentes los estados de la materia: lo sólido de la piedra, lo líquido del agua, lo gaseoso del éter. Pero igual que el metal se funde al someterse al calor, los cuerpos cambian continuamente de estado: «ahora que solidificas y no quieres morir»; «Estela humeante // Te volatilizas».

Lo pesado de la piedra, la gravedad de la caída, queda contrarrestado por la liviandad del aire, de las aves que lo surcan, del ángel que asciende. Lo opaco de la noche, de la oscuridad, de la piedra, de nuevo, se opone a la transparencia del cristal, de la luz, del agua. La muerte, a la fecundidad y la vida. Lo inerte, a lo orgánico.

Lo telúrico también está muy presente en *Bifronte*, que, según la nota que abre el volumen, debe leerse como continuación simbólica de *Meteoros*: «[...] el desmoronamiento de un orden mineralizado observable en *Meteoros* da paso —de manera no inmediata— a la renovación orgánica simbolizada en *Bifronte*».

*Bifronte* está poblado de serpientes —símbolo ctónico muy poderoso, que lo vincula nuevamente a la tierra—, de bestias, de hordas, de «víboras inmundas», de cuerpos. Pero estas imágenes de vida terminan por convertirse en «sueños [...] calcinados», porque el poder de engendrar no da, como cabría esperar, lugar a la vida, porque el cuerpo, «tu cuerpo», es «todo cuerpo ya sin alma». Y lo que en apariencia vive y asciende, termina por caer y morir: «Cruzan alto las aves en la tarde, levantan el vuelo saciadas ya de vil sapo, entregan al aire la serpiente que ayer acosaba y caen resechos sus restos [...]».

El lenguaje de *Bifronte* se mueve entre la profecía bíblica y el oráculo sibilino, preñado de imágenes enigmáticas, casi oníricas, amenazadoras por momentos, con una fuerte carga simbólica difícil de desentrañar.

Es el poder de sugerencia de los tres textos lo que los hace, al tiempo, inasibles y evocadores, y por lo que cada lector tendrá una experiencia distinta de ellos. Es por ello que lo hasta aquí expuesto no representa más que una de las múltiples facetas de las *Piedras* o *Meteoros*, uno de los rostros posibles de *Bifronte*.

Rocío Peñalta Catalán